

CARTHAGINENSIA

Revista de Estudios e Investigación
Instituto Teológico de Murcia O.F.M.
ISSN: 0213-4381 e-ISSN: 2605-3012

Volumen XXXIX
Enero-Junio 2023
Número 75

SUMARIO

CRISTOLOGÍA Y FRANCISCANISMO. DE LA FILIACIÓN A LA FRATERNIDAD: HOMENAJE AL PROFESOR FRANCISCO MARTÍNEZ FRESNEDA OFM

Bernardo Pérez Andreo (Dir.) <i>Presentación: Francisco Martínez Fresneda. Una vida entre Francisco y Cristo.....</i>	III-VI
ARTÍCULOS	
Nancy Elizabeth Bedford <i>Sororidad y Cristología</i>	1-22
Thomas Herbst † <i>From Theory to Practice: Understanding the Incarnation as a Mode of Union.....</i>	23-45
Marta M^a Garre Garre <i>Filiación divina en San Francisco y sus consecuencias en la «Regla de vida» de los Frailes Menores.....</i>	47-68
Martín Carbajo-Núñez <i>The Lord gave me Brothers and Sisters. Francis of Assisi, inspirer of the Encyclical Fratelli tutti.....</i>	69-91
David B. Couturier <i>Redeeming the Horrors of Racial Suffering: The Political Christology of M. Shawn Copeland.....</i>	93-118
Vincenzo Battaglia <i>Il «motivo» dell'Incarnazione in alcuni autori del XX secolo. Percorsi e prospettive di ricerca.....</i>	119-155
Antonio Piñero <i>A propósito de las citas del Corpus Henóquico en la edición española de los Apócrifos del Antiguo Testamento</i>	157-179
Miguel Álvarez Barredo <i>Las Tradiciones sobre el Arca en los Libros de Samuel (1 Sam 4-6; 2 Sam 6.....</i>	181-253
Lluís Oviedo Torró <i>El estudio de las creencias y del proceso de creer como reto teológico.....</i>	255-274
Rafael Sanz Valdivieso <i>Notas para un comentario a «Fratelli tutti», encíclica del Papa Francisco: Una propuesta de amistad social y de fraternidad. Puntos clave</i>	275-308
Francisco Henares Díaz <i>Taizé y el acompañamiento de los Franciscanos en las primeras décadas.....</i>	309-336
Vicente Llamas Roig <i>Ocaso de la metafísica. Epifanía del eikón.....</i>	337-373
Miguel Ángel Escribano Arráez <i>La necesidad del estudio de la teología y su relación con el derecho canónico como reflejo del primer principio en la construcción del Pueblo de Dios.....</i>	375-387
BIBLIOGRAFÍA.....	389-426
LIBROS RECIBIDOS.....	427-428

CARTHAGINENSIA fue fundada en 1985 como órgano de expresión cultural y científica del Instituto Teológico de Murcia O.F.M., Centro Agregado a la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia Antonianum (Roma). El contenido de la Revista abarca las diversas áreas de conocimiento que se imparten en este Centro: Teología, Filosofía, Historia eclesiástica y franciscana de España y América, Franciscanismo, humanismo y pensamiento cristiano, y cuestiones actuales en el campo del ecumenismo, ética, moral, derecho, antropología, etc.

Director / Editor

Bernardo Pérez Andreo (Instituto Teológico de Murcia, España)
Correo-e: carthaginensia@itmfranciscano.org

Secretario / Secretary

Miguel Ángel Escribano Arráez (Instituto Teológico de Murcia, España)
Correo-e: carthaginensia@itmfranciscano.org

Staff técnico / Technical Staff

Juan Diego Ortín García (corrección de estilo), Carmen López Espejo (revisión filológica), Esther Costa Noguera (traducciones), Domingo Martínez Quiles (gestión de intercambios), Diego Camacho Jiménez (envíos postales)

Consejo Editorial / Editorial Board

Carmen Bernabé Ubieta (Universidad de Deusto, Bilbao, España), Mary Beth Ingham (Franciscan School of Theology, USA), Jorge Costadoat (Pontificia Universidad Católica de Chile, Chile), Emmanuel Falque (Institut Catholique de Paris, France), Marta María Garre Garre (Instituto Teológico de Murcia, España), Cristina Inogés Sanz (Facultad de Teología SEUT Madrid, España), Ivan Macut (Universidad de Split, Croacia), Francisco Martínez Fresneda (Instituto Teológico de Murcia, España), Martín Gelabert Ballester (Facultad de Teología San Vicente Ferrer, Valencia, España), Gertraud Ladner (Institut für Systematische Theologie. Universität Innsbruck, Deutschland), Rafael Luciani (Boston College. Boston, Massachusetts. USA), Carmen Márquez Beunza (Universidad Pontificia Comillas, Madrid, España), Mary Melone (Pontificia Università Antonianu, Roma, Italia), Simona Paolini (Pontificia Università Antonianu, Roma, Italia), Pedro Riquelme Oliva (Instituto Teológico de Murcia, España), Thomas Ruster (Fakultät Humanwissenschaften und Theologie, Technische Universität Dormunt, Deutschland), Teresa Toldy (Universidade Fernando Pessoa, Portugal), Manuel A. Serra Pérez (ISEN, Murcia, España), Jesús A. Valero Matas (Universidad de Valladolid, España), Olga Consuelo Vélez Caro (Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia), Antonina María Wozna (Asociación de Teólogas Españolas, Madrid, España).

Comité Científico / Scientific Committee

Nancy. E. Bedford (Evangelical Theological Seminary. Evanston, USA); Jaime Laurence Bonilla Morales (Universidad San Buenaventura, bogotá, Colombia); David B. Couturier (St. Bonaventure University, NY, USA); Mauricio Correa Casanova (Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile); Mary E. Hunt (Women's Alliance for Theology Ethics and Ritual, USA); Lisa Isherwood (University of Wonchester, UK); Hans Josef Klauk (Facultad de Teología. Universidad de Chicago. USA); Mary J. Rees (San Francisco Theological School, USA); Cristina Simonelli (Facoltà teologica dell'Italia Settentrionale, Milano, Italia).

Secretaría y Administración

M. A. Escribano Arráez. Pl. Beato Andrés Hibernón, 3. E-30001 MURCIA.

La suscripción para 2023 es de 40 € para España y Portugal, y 60\$ para el extranjero, incluidos portes. El número suelto o atrasado vale 20 € o 30 \$. Artículos sueltos en PDF 3 € o \$ 5.

Any manuscripts and papers intended for publication in the magazine should be addressed to the Editor at the following address: Cl. Dr. Fleming, 1. E-30003 MURCIA. Single or back issues: 20 € or \$ 30. Single article in PDF 3 € or \$ 5.

Antiguos directores

Fr. Francisco Víctor Sánchez Gil (+2019) 1985-1989. Fr. Francisco Martínez Fresneda, 1990-2016.

D.L.: MU-17/1986

Impresión: Compobell, S.L.

FILIACIÓN DIVINA EN SAN FRANCISCO Y SUS CONSECUENCIAS EN LA «REGLA DE VIDA» DE LOS FRAILES MENORES

**DIVINE FILIATION IN SAINT FRANCIS AND ITS CONSEQUENCES IN THE
«RULE AND LIFE» OF THE FRIARS MINOR**

MARTA M^a GARRE GARRE
Instituto Teológico de Murcia OFM
martagarregarre@gmail.com
ORCID: 0000-0001-8940-0913

Recibido 10 de mayo de 2022 / Aprobado 25 de agosto de 2022

Resumen: La clave para comprender cómo san Francisco vive su relación filial está en la experiencia que Jesús tiene de Dios como Padre. La encarnación del hijo, teniendo muy presente el equilibrio entre las dos naturalezas de Cristo, tal y como lo contempla el prólogo y el evangelio de san Juan, es otro elemento clave para entender correctamente el fundamento teológico de la fraternidad que funda san Francisco. De ahí que, la “regla y vida” de los frailes menores se modele según la vida de Jesús, de María, su madre, y de sus primeros discípulos.

San Francisco une la misión con el seguimiento de Jesús. Por eso absolutiza la vida de Jesús e intenta penetrar en su identidad siguiendo sus hechos y conformándose a sus actitudes. Por esta razón, la fraternidad de san Francisco refleja la estructura comunitaria de Jesús y de la comunidad de Jerusalén.

Palabras clave: Encarnación; Filiación divina; Fraternidad; Paternidad de Dios; Siervo.

Abstract: The key to understanding how St. Francis lives his filial relationship lies in Jesus’ experience of God as Father. The incarnation of the son, keeping in mind the balance between the two natures of Christ, as contemplated in the prologue and the Gospel of St. John, is another key element for a correct understanding of the theological foundation of the fraternity founded by St. Francis. Hence, the “rule and life” of the Friars Minor is modeled after the life of Jesus, Mary, his mother and his first disciples.

St. Francis unites the mission with the following of Jesus. For this reason he absolutizes the life of Jesus and tries to penetrate his identity by following his deeds and conforming himself to his attitudes. For this reason, the fraternity of St. Francis reflects the community structure of Jesus and the community of Jerusalem.

Keywords: Divine sonship; Fraternity; Fatherhood of God; Incarnation, Servant.

Introducción

La vida y espiritualidad franciscanas responden a una peculiar comprensión tanto del concepto de filiación divina entre nosotros y Dios como de la relación de amor entre los hermanos que funda la fraternidad y que une a estos con Dios.

Ambos términos tienen, como presupuesto, la paternidad de Dios, y como epicentro, la experiencia de Jesús. El uno, la filiación, se concreta en la experiencia de Jesús como Hijo; el otro, la fraternidad, tiene que ver con la experiencia de Jesús como hombre y, hombre, además, adoptando la actitud de siervo.

Respecto del primer término, que conforma la primera parte de este artículo, veremos cómo la experiencia de Dios que Jesús tiene como Padre, nos da las claves de la vida comunitaria que funda san Francisco.

Respecto del segundo término, que corresponde a la segunda parte de este artículo, desarrollaremos el alcance y consecuencias que la encarnación del Hijo tiene en la Regla y vida de los frailes menores dando lugar a una forma muy específica de entender la fraternidad anclada en la existencia de humildad y sencillez de Cristo desde su nacimiento hasta la cruz.

1. Presupuesto teológico: la Paternidad de Dios

La clave para comprender cómo san Francisco vive su relación filial está en la relación de Dios como Padre con su Hijo.

San Francisco parte directamente del Dios de Jesús pero integrando en él, —como también hizo Jesús—, la larga historia de las relaciones que Dios mantiene con Israel y que lo identifican como un Dios que es una persona viva que conoce y ama, que es Padre, Creador, Providente y Salvador.

a) Dios es *Padre*

Francisco nunca se dirige a Dios como *Padre*¹, seguramente por el recuerdo que le ha dejado el suyo —que, aunque fuera de una manera inconsciente,

¹ Incluso en la *paráfrasis al Padrenuestro*, que después de los trabajos de K. Esser, se admite que es de Francisco, en la expresión “Oh Santísimo Padre nuestro”, Francisco no ve al Padre aislado sino que contempla a las tres Personas Divinas conjuntamente y las caracteriza con cuatro atribuciones que vienen a ser sobrenombres; el Padre es creador, el Hijo es

influyó sin duda, en la forma de entender muchos rasgos de su opción evangélica—pero, sobre todo, porque para él, la paternidad de Dios tiene su razón de ser en la Trinidad y solo la entiende desde la filiación del Hijo, de ahí que, como dijimos antes, cuando Francisco se refiere a Dios como Padre, no acude a sus sentimientos sino que se apoya en lo que Jesús enseña y ha experimentado de Él en las relaciones que ha establecido con la historia humana.

En efecto, Israel experimenta a Dios como *Padre* porque está en el *origen* del pueblo cuando lo elige como su propiedad (Dt 7, 6-8)².

Es la misma elección que se da en nosotros cuando nos incardinamos a Cristo por el bautismo, comienza en nosotros una vida nueva que se iguala a una nueva creación en la que comenzamos a ser hijos de Dios y cuando se experimenta a Dios como fuente y origen de la vida, se le asignan funciones paternas.

Es lo que hace san Francisco cuando, después de huir de la persecución de su padre y parientes, requerido por el obispo de la ciudad, se presenta ante él, su padre y demás presentes y les dice: “Hasta ahora he llamado padre mío a Pedro Bernardone [...] desde ahora quiero decir: Padre nuestro que estás en los cielos y no padre Pedro Bernardone” (TC 20, cfr. LM 2, 4).

Como en todo buen padre, Jesús destaca también de Dios su amor como bondad, que entraña, además, la “misericordia”, porque el corazón del Padre, además de bondadoso es compasivo y le inclina a compadecerse de los sufrimientos humanos. Es la disposición de Jesús con ocasión de la resurrección del hijo de la viuda de Naín³, el leproso de Marcos⁴ y el buen samaritano⁵.

Esta misma inclinación es la que experimenta san Francisco cuando, después de ser asaltado y arrojado a la nieve por unos ladrones, llega a Gubbio, y estando allí, se ve conducido por el Señor a servir y a vivir con los leprosos a los que cuida con extrema delicadeza y admirable devoción por amor a Dios (cfr. 1 Cel 16-17; LM 2,6); actitudes que, en el futuro, exigirá también entre los hermanos, porque el hilo que une a Dios con los hermanos es la relación de amor entre ellos que funda la fraternidad y se alarga después a los leprosos y a los pobres.

redentor y salvador y el Espíritu Santo es consolador”, cf. Isidoro Rodríguez Herrera, *Los escritos de san Francisco de Asís. Comentario filológico* (Murcia: Espigas, 2003), 121.

² Cf. FRANCISCO MARTÍNEZ FRESNEDA, *Jesús de Nazaret* (Espigas: Murcia, 2005), 400.

³ Lc 7, 13.

⁴ Mc 1, 40-45.

⁵ Lc 10, 33.

La obediencia es otro de los aspectos que se derivan de concebir a Dios como Padre: el Padre, lleno de bondad y misericordia y pronto para cubrir las necesidades de sus hijos, exige “obediencia a su autoridad y reconocimiento de su dignidad”⁶.

La obediencia a Dios se concreta para san Francisco en establecer las relaciones de amor tal y como nos enseñó Jesús, relación de amor a Dios *ad intra*, entre los hermanos, que funda la fraternidad, y relación de amor a Dios *ad extra*, fuera de la fraternidad, que se concreta en desvelar la dignidad humana de los más pobres, recuperar la filiación divina de aquellos que la hayan perdido por la misericordia y acompañar y hacer presente la presencia de Dios en todas sus criaturas para que la creación alcance su proyecto original.

Por último, el Padre pide también reconocimiento de su dignidad, por eso Mateo enlaza la igualdad fraterna que debe imperar en la vida cristiana con el dicho de Jesús: “En la tierra a nadie llaméis padre pues uno solo es vuestro Padre, el del cielo” (Mt 23, 9), ya que los discípulos deben ser conscientes de que el Padre Dios es su única procedencia y referencia vital⁷.

Este mismo pasaje san Francisco lo reproduce en la primera Regla y lo enlaza con “Vosotros no os hagáis llamar maestros, pues uno solo es vuestro maestro, mientras que todos vosotros sois hermanos” (Mt 23,8).

b) Dios *Creador*

Dios es *Creador*⁸ en la elección y alianza de Israel y lo es por un acto de amor, el cual no significa un acto aislado al principio de la creación, sino que Dios se inserta en la historia para recrear de forma continua a las personas y a las cosas que son reflejo de su amor.

c) Dios es *Providente*

Por esta razón, en la experiencia que Jesús tiene de Dios como Creador, integra su experiencia de Dios como *Providente*, ya que en ningún momento Dios se desentiende de sus criaturas sino que, respetando la libertad humana, sigue ofreciéndose como la fuente desde donde mana la vida⁹.

⁶ Cf. MARTÍNEZ FRESNEDA, *Jesús de Nazaret*, 420.

⁷ Cf. MARTÍNEZ FRESNEDA, *Jesús de Nazaret*, 420-1.

⁸ Se trata de atributos que utiliza Jesús (Mc 10, 6-9; Lc 11,40; Lc 11,50; Mt 25,34; Mc 13,19) y que después interiorizará Francisco como origen y fuente de su existencia (p. ej. Rnb 23,1).

⁹ Cf. MARTÍNEZ FRESNEDA, *Jesús de Nazaret*, 409.

Este sentimiento es el que está impreso en san Francisco cuando hace su renuncia total en manos de su padre Pedro Bernardone, quedando desnudo y libre (2 Cel 12; TC 20), cuando comienza la vida en fraternidad saliendo los hermanos a pedir limosna y viviendo de lo que les da la Providencia o cuando, en su vida de itinerancia comienza su expansión por Palestina y el resto del imperio en su ardiente deseo de predicar la fe cristiana a los sarracenos y demás infieles (Rnb17,17-18, 1Cel 55).

La persuasión de que “*Dios solo basta*” la fue experimentando con anterioridad en la libertad y el gozo de espíritu que le proporcionaba el contacto con los leprosos, su compasión y afecto hacia los pobres, a los que no solo deseaba entregarles sus bienes sino incluso llegó, en ocasiones, a despojarse de sus propios vestidos y otras, a descoserlos o rasgarlos cuando no tenía otra cosa a mano (LM 1, 6).

Pero pronto fue aprendiendo que hay otra renuncia mucho más valiosa que el abandono de los bienes materiales, que es la pobreza *interior* que nos lleva a vivir desprendidos de las tendencias egoístas de la carne, en pureza y sencillez (cfr. R 17, 9-14).

De ahí que san Francisco cuide mucho de vigilar—incluso en sí mismo—, todo instinto de posesión egoísta, razón por la cual la mayor parte de las exhortaciones a los hermanos—las *Admoniciones*—, tienen como tema el desapropio interior—*vivere sine proprio*—, que afecta no solo a la voluntad personal, sino también a las cualidades, a la preparación intelectual, al cargo que se desempeña en el servicio a los hermanos, al ministerio de la predicación, al éxito de las buenas obras, a las luces y gracias de Dios, a las glorias de la fraternidad, incluso, a la relación con Dios, como vimos anteriormente.

d) Dios es *Salvador*

La salvación procede exclusivamente de Dios que la ofrece en Jesucristo y se adquiere al creer en Él (Rom 3,28; Cfr, Gál 3,6; Flp3, 9, etc.) porque es Dios quien por medio del Espíritu (“Aquel que resucitó a Cristo”, Rom 8,11), activa en nosotros el querer y el obrar para realizar su designio de amor¹⁰.

Pero cuando hablamos de obras nos referimos a aquellas que proceden de un amor desinteresado y gratuito, es decir, aquellas que proceden de un amor que es el mismo Dios. Y este amor es el que nos salva y al que estamos ligados por la fe (1Jn 4, 10-11)¹¹.

¹⁰ Cf. Flp 2,13.

¹¹ Cf. FRANCISCO MARTÍNEZ FRESNEDA, *Biografía teológica. Madre Paula Gil Cano* (Murcia: Espigas, 2013), 42, 45, 48.

Por eso, el hombre no debe vanagloriarse por estas obras (Rnb 17,5-6; Adm 5,1-5.7). «Enorgullecerse de los bienes que Dios dice y realiza» en uno, es un pecado de apropiación (Adm 2) porque es Dios el dador de todo bien, el sumo bien, antes bien, hay que restituir a Dios los bienes de Él recibidos (Rnb 17,17-18), tanto los materiales (TC 28; 2 Cel 15, 2 Cel 87 y 92; LP 52) como las cualidades y gracias recibidas de Dios empleándolos en beneficio de los demás. Y todo ello en virtud del espíritu de pobreza y minoridad para alcanzar mayor gloria y santificación.

2. Raíz filial: La encarnación de Jesucristo. Alcance y consecuencias en la “Regla y Vida” de los frailes menores

a) La Palabra se encarna

El Prólogo de san Juan es un fiel reflejo de cómo san Francisco contempla y experimenta en su vida la encarnación del Hijo de Dios y cómo la quiere llevar a la práctica en la vida de los frailes menores.

En el principio existía la Palabra” (Jn 1, 1), el Verbo, la Palabra de Dios, ya existía con anterioridad a cualquier realidad existente y “la Palabra estaba junto a Dios” (Jn 1,1.2), es decir, no en un sentido estático sino dinámico, como dirigiéndose u orientándose hacia Dios¹², “y la Palabra era Dios” (Jn 1,1), participaba, pues, de la misma gloria de Dios. Pero Dios no se quedó ahí y quiso darse a conocer “creando”, y además crea por la Palabra: ”el mundo fue hecho por ella” (Jn 1, 10, cfr. Jn 1, 3), de modo que la creación fue hecha para que la Palabra pudiera encarnarse (Francisco que, es un gran conocedor de la Escritura, repite gozoso esta idea dos veces al comienzo de la acción de gracias del cap.23 de la *Regla no bulada*: ”te damos gracias porque ... por tu unigénito Hijo con el Espíritu Santo creaste todas las cosas” (Rnb 23, 1), “Y te damos gracias porque así como por tu Hijo nos creaste”, Rnb 23, 3) y, de esta forma, darse a conocer Dios a los hombres “porque a Dios nadie lo ha visto jamás, el Hijo unigénito que está en el seno del Padre, él lo ha contado” (Jn 1, 18).

La Palabra, al encarnarse, se pone en movimiento para dejarse ver¹³, es “luz que ilumina a todo hombre” (Jn 1, 9), como la vida, que se hizo en

¹² Cf. MARTÍNEZ FRESNEDA, *Biografía...*, 94.

¹³ Cf. MARTÍNEZ FRESNEDA, *Biografía...*, 95-96.

ella, es también “luz de los hombres” (Jn 1, 4), porque con Jesucristo, que es la encarnación de la Palabra, viene la salvación (“y quisiste que fuéramos redimidos [...] por su cruz y sangre y muerte” (Rnb 23, 3).

Es una luz que “brilla en las tinieblas”; el binomio “luz y tinieblas” evoca la petición de luz de san Francisco ante el crucifijo de San Damián, uno de los textos más antiguos que se remonta a los años 1205-6 de la vida penitente del joven Francisco y que es una ampliación del Salmo 17, 29: “Dios mío, ilumina mis tinieblas”.

Pero esta luz viene en una historia conflictiva, porque “las tinieblas no la comprendieron” (1,5): “Vino a los suyos y los suyos no la recibieron” (Jn 1, 11).

Semejante situación padeció san Francisco cuando, huyendo de su padre y sus conciudadanos, se esconde durante unos días en una cueva estando en casa del sacerdote de San Damián y, una vez desechado todo temor, sale y se dirige a la ciudad de Asís, y sus conciudadanos, al verle tan cambiado, “pensaban que había perdido el juicio, arremetían contra él arrojándole piedras y lodo y, como a loco y demente, le insultaban con gritos desaforados”; más tarde, acude su padre, no para librarlo sino para atormentarle con palabras y luego con golpes (cfr. TC 17; AP 8).

El prólogo de san Juan, —como también el himno de Flp 2, 6-11—, distingue muy bien la preexistencia de Jesús al que coloca en la Gloria junto a Dios, participando del poder y honor divinos (Jn 1,1; 1-2; Flp 9-11) como su existencia relativa a su constitución humana que le hace recorrer un camino de humillación que llega hasta la cruz (Jn 1, 3. 10; Flp 2, 7-8).

Este equilibrio entre las dos naturalezas de Cristo en el evangelio de san Juan está muy presente en todos los escritos de san Francisco. Incluso, el propio Francisco experimentará el mismo recorrido existencial de Jesús en su propia carne. De ahí que, tanto al principio, con el episodio de su padre Bernardone como también, durante y al final de su vida, —con la impresión de las llagas, signo de la pasión de Cristo (LM 13, 3)—, su fe se apoya en esta visión global de Jesucristo; por eso, la “regla y vida” de los frailes menores se modela más que según el modelo de la iglesia primitiva¹⁴, según la vida de Jesús, de María, su madre, y de sus primeros discípulos, que vivieron como peregrinos, en humildad, pobreza y de la limosna: “Todos los frailes empéñense en seguir la humildad y pobreza de nuestro Señor Jesucristo [...]. Y deben gozarse cuando conviven con personas viles y despreciables [...] Y no se avergüencen y más bien recuerden que nuestro Señor Jesucristo,

¹⁴ Cf. CARLO PAOLAZZI, *Francisco de Asís. Escritos* (Roma: Espigas, 2014), 257, nota 17.

Hijo de Dios vivo (Jn 11,27) omnipotente, puso su faz como roca durísima (Is 50,7) y no se avergonzó; y fue pobre y huésped y vivió de limosna él y la bienaventurada Virgen y sus discípulos” (Rnb 9, 1-17, cfr. Rb 6, 1-3; RCI 8,3), fragmento que resume los primeros años de vida de la Orden, que se caracterizaron por su condición de peregrinos renunciando a tener casas y cosas permanentes y propias¹⁵.

La razón última de por qué san Francisco toma como ideal este modelo de vida apostólica para él y los suyos está en que él llega a intuir que el camino más recto para llegar a Dios es la pobreza, porque la gloria que ahora se hace visible para los creyentes, no es la gloria que el Hijo tenía con el Padre antes del tiempo (Jn 1,1), sino la que contemplamos en el Hijo Unigénito (Jn 1,14), cuyo recorrido en la historia no acaba con la cruz, sino que retorna a la Gloria divina como donación o compensación del Padre por haberse comportado con una obediencia extrema¹⁶.

Para alcanzar la perfección de la santidad no hay, pues, que abandonar la vida del mundo, pues el Señor se ha encarnado en ella, la Gloria divina se encuentra también aquí, atendiendo a la realidad de los que sufren, de ahí que san Francisco se planteara la vida de acción y de contemplación como alternativas —igual de santas y perfectas¹⁷—, para seguir a Jesús (LM 4, 2).

b) Forma de siervo

El Hijo del Todopoderoso se ha encarnado en un hombre que adopta la vida de siervo, así lo presenta el profeta Isaías: “Mirad a mi siervo, a quien yo sostengo; mi elegido, a quien prefiero. Sobre él he puesto mi espíritu” (Is 42,1).

Dicha declaración divina puede entenderse como una llamada que hace Dios a Jesús¹⁸ —y, así lo entiende también san Francisco, como una llamada que Dios le hace a él—, para que cumpla su voluntad con un estilo que entraña una existencia de humildad y sencillez desde el nacimiento hasta la cruz y que mantiene una obediencia extrema a la voluntad divina: ”Quien

¹⁵ Cf. THOMAS DESBONNETS et al., *Francois d' Assise. Écrits* (París: K. Esser, 1981), 65.

¹⁶ Cf. MARTÍNEZ FRESNEDA, *Jesús de Nazaret*, 99.

¹⁷ Un dato curioso que avala esta afirmación es que en las Florecillas, Francisco prefiere recurrir a la oración de Clara y sus hermanas y del hermano Silvestre para que Dios les manifieste cuál es su voluntad sobre él y, siendo ambos contemplativos, aconsejan a Francisco la vida activa o de predicación (Flo16).

¹⁸ Cf. MARTÍNEZ FRESNEDA, *Jesús de Nazaret*, 211.

quiera seguirme, niéguese a sí mismo, cargue con su cruz y sígame. Quien se empeñe en salvar su vida, la perderá: quien la pierda por mí y por la buena noticia, la salvará” (Mt 16, 24; Mc 8, 34-35).

La primera parte del mandato evangélico: “Quien quiera seguirme, niéguese a sí mismo, cargue con su cruz y sígame” es uno de los tres textos, el tercero—, que confirman para san Francisco la forma de vida apostólica que el Señor quiere para él (TC 28, 29; Ap 10-11; LM 3,3).

Y es que la figura del “siervo”, como el predilecto de Dios, está tan arraigada en la mente y el corazón de Francisco que él no habla nunca de “imitación de Cristo” sino de su seguimiento¹⁹.

Él mismo, en la *II Carta a los fieles*, se presenta como “siervo y súbdito” (2Cor 2,14; cfr. 2CtaF2) y esta misma consideración de sí mismo es la que está en el trasfondo de la elaboración de la *Regla* y el *Testamento*²⁰: “así como el Señor me dio decir y escribir sencilla y puramente la Regla y estas palabras” (Test 34-39). Sin duda, la intención de san Francisco de llamarse *siervo* responde a la exhortación de Jesús: “Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve (Lc 22,27), “el que entre vosotros quiera llegar a ser grande sea vuestro servidor; y el que entre vosotros quiera ser primero, sea esclavo de todos” (Mc 10, 43-44), pero es sobre todo, en las *Admoniciones* donde se refleja el interés de san Francisco por encarnar la palabra de Jesús en las distintas vicisitudes, —luces y sombras— que lleva consigo la vida comunitaria.

En síntesis, el mensaje de estos avisos o consejos nos lleva a reflexionar sobre el significado y el valor de la pobreza interior y la pureza de corazón (que en Francisco como en Jesús, van unidas), las cuales, en último término, significan disposición a “perder la vida” para encontrarla en el Señor, lo cual pide una gran dosis de humildad²¹ y de confianza en Él,

¹⁹ Cf. RODRÍGUEZ HERRERA, *Los escritos de san Francisco de Asís...*, 376.

²⁰ También este es el sentir de Clara que se presenta al comienzo de la Regla como “sierva, indigna de Cristo y plantita del benditísimo Padre Francisco” (RCI 1, 3; cf. TestCI 37), Clara necesita de dos espejos para definirse: Cristo, de quien se siente “sierva” (estrechamente unido a su ser “hijas” en RCI 7,3, términos con los que Francisco invoca a María en la antifona del *Oficio de la Pasión* (al final del salmo I) y que, por tanto, definen el rostro mariano de Clara y de sus hermanas) en una relación de pertenencia y de servicio y, Francisco, de quien se siente “plantita”, en una relación de filiación y, a su vez, de pertenencia a la Orden, cf. FEDERACIÓN SANTA CLARA DE ASÍS DE LAS CLARISAS DE UMBRÍA-CERDEÑA, *El Evangelio como forma de vida. A la escucha de Clara en su Regla* (Murcia: Espigas. 2016), 136, 370.

²¹ Cf. MARTI ÁVILA I SIERRA, *Los ojos del espíritu. Comentario a las “Admoniciones” de Francisco de Asís* (Oñati: Ediciones franciscanas Arantzazu, 2001), 19-20.

actitudes estas a las que responde el “siervo”; de ahí que este término sea el que más se repite en la mayoría de ellas.

c) Naturaleza de la misión divina

San Francisco une la misión con el seguimiento de Jesús. Esto es lo que propone a sus hermanos y a la Iglesia: “La Regla y vida de los Hermanos Menores es esta, a saber, observar el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo” (Rnb, 1; R 1, 1).

Por eso absolutiza la vida de Jesús e intenta penetrar en su identidad siguiendo sus hechos y conformándose a sus actitudes: cree en Jesús como Hijo de Dios hasta confundirse con Él²².

Por esta razón, la misión de san Francisco participa de la universalidad de la misión y salvación de Cristo: todos caben, los pobres, empezando por los mendigos, los infieles, los divididos, los alejados del Evangelio y de una manera simbólica, los leprosos²³.

d) Misión en fraternidad

Origen de la fraternidad: La fraternidad de Jesús

Jesús no anuncia el Reino de Dios de una manera individual, sino que se rodea de discípulos, y es todo el grupo transido por la filiación quien simboliza la proclamación del Reino²⁴.

El grupo no se crea por lazos de amistad o de sangre, sino que Jesús escoge a “doce”²⁵ para formarlos de una manera especial: “Nombró a doce

²² Cf. MARTÍNEZ FRESNEDA, *Biografía*, 111-113.

²³ Cf. MARTÍNEZ FRESNEDA, *Biografía*, 116. La razón de por qué sigo este método de comparación de la vida de Francisco con la vida de Cristo se debe a que el objetivo primero de esta tesis fue dotar de una estructura teológica a la vida religiosa franciscana, para lo cual, me sirvió de inspiración el libro de mi maestro el profesor Martínez Fresneda “Biografía teológica de la Madre Paula Gil Cano: Debo dejar a Dios por Dios (Carta 2,11)”, en la que hace un paralelismo entre Jesús, María, Francisco y Madre Paula. Fue con la lectura de este libro, cuando tuve la inspiración de hacer yo algo parecido con san Francisco, añadiendo a las similitudes redactadas por él, otras, que progresivamente, he ido descubriendo y que me han proporcionado momentos de gozosa reflexión, de enorme satisfacción y de gozo en el Señor.

²⁴ Cf. MARTÍNEZ FRESNEDA, *Jesús de Nazaret*, 451.

²⁵ Cf. Núm. 26, 4-56, el número doce simboliza a las doce tribus de Israel, aunque las tribus no son doce sino trece, cf. MARTÍNEZ FRESNEDA, *Jesús de Nazaret*, 132, nota 126.

para que convivieran con él y para enviarlos a predicar con poder para expulsar demonios”²⁶.

Este grupo proviene de las masas que escuchan a Jesús y comporta una configuración concreta, pues Jesús ordena su misión según las exigencias de una *nueva* familia: “Mirad mi madre y mis hermanos” (Mc 3, 34 par).

“Seguirle” significa, en primer lugar, hacerle compañía, hacer el camino con él y, en segundo lugar, lleva consigo ir detrás de Él, lo cual implica adhesión a Jesús y exige “anunciar” el reino de Dios, para lo cual es necesario adoptar una conducta determinada que se funda en la obediencia a Dios y en la renuncia a crear nuevos lazos naturales²⁷.

Esta actitud en la misión y su ejercicio *contiene* el reino de Dios, es decir, tiene por finalidad hacer presente el inicio de una nueva etapa de relaciones de Dios con los hombres.

Y estas relaciones no se dan sino viviendo en fraternidad. Esto es vital comprenderlo porque es la fraternidad la que actúa y hace presente el reino; es decir, es Dios quien se hace presente en las relaciones de amor del discipulado.

La fraternidad de san Francisco refleja la estructura comunitaria de Jesús y de la comunidad de Jerusalén.

“El Señor me dio frailes”, comienza diciendo Francisco en su *Testamento* (Test 14). Quiere esto decir que la comunidad que se forma en torno a Francisco es resultado de una llamada del Espíritu; como en Pentecostés, los hermanos son un don de Dios.

Todos renuncian al trabajo, bienes y familia²⁸, semejante al “y dejándolo todo, lo siguieron” (Lc 5, 1-1; cfr. Mc 1, 16-20; Mt 4, 18-22; Mt 2, 14-15)). Y, hecho esto, se adhirieron a Él (TC 27; LM 3, 3: “se unieron”) acomodándose a su vestido y vida: no es casualidad que los dos relatos coincidan en distinguir lo que es meramente exterior de aquello que implica un compromiso más serio, la *Leyenda de los tres Compañeros* lo expresa mucho mejor al emplear el verbo “se adhirieron a él”, y es que como ocurre con Jesús, la adhesión comporta un seguir “locativo” que implica no solo vestirse con el mismo hábito sino adoptar su mismo género de vida.

Ambos aspectos están expresados en los tres sinópticos que salen al azar cuando san Francisco se dirige junto con Bernardo a la iglesia de san Nicolás

²⁶ Mc 3, 14-16; cfr. Mt 10, 1-4; Mc 3,13-19; Lc 12-16; Hchos 1,13; Jn 6, 67-71;20-24; 1Cor 15,5.

²⁷ Cf. MARTÍNEZ FRESNEDA, *Jesús de Nazaret*, 455.

²⁸ “Y abandonadas todas las cosas” (LM 3,3); “despojados de todos sus bienes” (TC 27); “Cuando salí del siglo” (Test 1); “después que abandonamos el mundo” (Rnb 22; 1Cel 17. 37. 71. 109, etc.).

donde está Dios que les habla en el Evangelio²⁹ por medio de los relatos en los que Cristo, al enviar a sus discípulos, les traza la forma de vida evangélica que habían de abrazar: el desapropio de lo externo está expresado en los dos primeros relatos (Mt 19,21; Lc 9,3); el tercer relato (el “niéguese a sí mismo, cargue con su cruz y me siga”, Mt 16,24), implica una renuncia además interior que se funda en la obediencia a Dios en torno a la cual gira la vida de Jesús y que es la que liga a los discípulos entre sí y a estos con Jesús³⁰.

Seguimiento a Jesús y obediencia a Dios son los dos ejes en los que se concreta la forma de vida de la fraternidad, tal y como Francisco dice a sus dos primeros *hermanos*, Bernardo de Quintavalle y Pedro Cattani, quedando así mismo confirmado desde este momento su deseo de vivir juntos en fraternidad³¹.

Y como hace Jesús cuando les dice a sus discípulos: “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura”(Mc 16,15), así envía Francisco a sus hermanos a predicar de dos en dos —incluido él también—, concretándose la misión de la fraternidad a dos de los aspectos centrales de la misión de Jesús: el anuncio de la paz y la salvación de una manera escueta y sencilla (1Cel, 29; LM 3,7; cfr. LM 3,2).

Características de la fraternidad

a) Escucha de la Palabra

La fraternidad de Jesús y de Francisco se funda en la Palabra de Dios. Sus acciones históricas están cimentadas no solo en la llamada del Señor sino también en la escucha permanente de su Palabra³².

²⁹ Francisco le dice a Bernardo: “Es a Dios a quien en esto debemos pedir consejo” (LM 3,3).

³⁰ Cf. MARTÍNEZ FRESNEDA, *Jesús de Nazaret*, 460.

³¹ TC 29. Fijémonos que Francisco no empleó nunca en sus escritos el vocablo *communitas* sino el de *fraternitas*. Ambos conceptos se inspiraron en el precepto evangélico de la caridad (“Amaos los unos a los otros”) pero, mientras que la *communitas* insiste más en los aspectos externos y jurídicos, como habitar en la misma casa, observar las mismas normas, participar en los actos comunes, la concepción franciscana de la *fraternitas* toma como punto de partida la persona de cada hermano dentro de su peculiaridad y se orienta a fomentar el amor recíproco y espontáneo entre todos los hermanos; prevalecen, por tanto, los aspectos espirituales que animan la comunión fraterna, la relación interpersonal y la convicción de que todos los miembros han sido reunidos en Cristo como una especial familia, en la cual cada uno realiza su propia vocación, cf. FERNANDO URIBE ESCOBAR, *Núcleos del carisma de san Francisco de Asís. La identidad franciscana* (Oñati: Arantzazu, 2017), 299; cf. FERNANDO URIBE ESCOBAR, “La fraternidad en la forma de vida propuesta por Francisco de Asís”, *Selecciones de Franciscanismo*, 95 (2003): 238-9.

³² Cf. MARTÍNEZ FRESNEDA, *Biografía*, 142-3; 147.

Lo más admirable de san Francisco es que, como cuenta san Buenaventura, penetraba el sentido de la Escritura allí donde no alcanza la ciencia de los maestros; al igual que Jesús, su dominio no resulta del aprendizaje escolar de la Ley sino que procede del afecto del amante que, con agudeza de entendimiento, le lleva a sondear las profundidades de las Escrituras unido a una intensa devoción ejercitada en la oración constante y en la práctica continua de la virtud (cfr. LM 11, 1). Y, como Jesús que fue a enseñar a Nazaret, donde se había criado (Lc 4, 16), Francisco comienza su predicación en su ciudad natal, donde “siendo niño, aprendió a leer” (1Cel 23) y, quienes lo escuchaban, —cuenta Celano—, quedaban edificados, pues “su palabra era como fuego devorador, penetrante hasta lo más hondo del alma” (1Cel 23; cfr. Lc 4, 22) “y aún los letrados y los doctos corrían a verlo y oírlo como a hombre de otro mundo” (TC 54); de Jesús cuentan que enseñaba “como quien tiene *autoridad*” (Mc 1, 21, 27; cfr. Lc 4, 32), de Francisco, que estaba “fortalecido con la *autoridad* apostólica” (TC 54).

b) La oración

San Francisco, al igual que los discípulos, reproduce las actitudes de Jesús con respecto a la oración. La oración es parte de la vida o es la vida misma, se inserta en los distintos acontecimientos y es el soporte más seguro en los momentos cruciales. Como Jesús, que solía retirarse a orar con frecuencia con el fin de permanecer fiel a la voluntad de su Padre y no separarse de su designio amoroso, Francisco, ora también solo y en cualquier sitio y circunstancia.

Pero la realidad de la oración no se limita al ámbito individual, porque la Fraternidad es también personal y, por tanto, receptora de ese amor fundante (Test 14-15) que la convierte en pregonera de las maravillas que Dios hace con el hombre³³.

Y como Jesús (Mt 6,7), san Francisco enseña a orar a sus hermanos de una manera sencilla y sin palabreras huecas: “Cuando oréis decid: Padre Nuestro³⁴ y Te adoramos, ¡Oh Cristo! en todas tus iglesias que hay en el mundo entero, y te bendecimos, porque por tu santa cruz redimiste al mundo” (1Cel 45; cfr. Test 4-5; R 9, 3-4).

³³ Cf. JULIO MICÓ, “Adorar al Señor Dios. La oración de Francisco de Asís”, *Selecciones de Franciscanismo* 56 (1990): 208.

³⁴ Tanto san Francisco como sus hermanos tuvieron la costumbre de recitar la *Paráfrasis del Padre Nuestro* antes de cada hora del oficio, con lo cual la oración que enseñó Jesús no fue suplantada por la oración espontánea de Francisco. Cf. J.A. GUERRA, ed, *Francisco de Asís. Escritos, Biografías, Documentos de la época* (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2003⁹, 169, nota 3.

La bendición, que es uno de los elementos en los que se apoya la piedad judía y por tanto, también, la oración de Jesús, es un término muy empleado en la oración de san Francisco y pone de manifiesto las riquezas de la salvación por Cristo³⁵; la redención es así mismo uno de los motivos de acción de gracias centrales en su oración (Rnb 23, 3; 23, 9; PrPN; etc).

Y hay que orar, además, con la confianza absoluta de que el Padre siempre escucha (Mt 7,7; 21,22; Lc 11,9; Mc 11,24) y está pendiente de sus hijos, más que cualquier padre de familia (Mt 10, 30), por ello, siempre que enviaba a los hermanos a predicar o a cumplir una obediencia, se despedía de ellos diciéndoles: “Pon tu confianza en el Señor, que Él te sostendrá (Salm 54,23)” (1Cel 29; TC 54).

La oración es permanencia amorosa en la presencia de Dios, que unas veces, Francisco la experimenta reducida a la máxima simplificación: “Rumiaba muchas veces en su interior sin mover los labios” (1Cel 95); otras, degustando meditativamente el solo nombre de Jesús (cfr. 1Cel 82.86.115), era capaz de meditar toda la vida y, en particular, toda la historia de la pasión del Señor; otras veces, esta oración se materializa en espacios prolongados de reflexión y meditación contemplativa.

La oración en san Francisco es expresión de lo que fue su vida, fue la oración del que se sabe pobre porque todo lo recibe de Dios y, por tanto, no se apoya en sus propios méritos sino en la bondad del Señor³⁶.

Esto le hará introducirse en la dinámica de la pobreza misma de su oración, pues toda ella está impregnada de un fuerte sentimiento que constituye su tema central y permanente: por un lado, la conciencia clara de la pobreza y miseria radical del ser humano frente a Dios y, por otro, la bondad infinita de un Dios frente al cual solo cabe la contemplación admirativa que en san Francisco se torna en alabanza continua y en acción de gracias.

Ahora bien, orar es tener la mente y el corazón puestos en el Señor (Rnb 22, 19.25), pero no es una oración desvinculada de la vida sino al contrario: la oración debe estar presente en todos nuestros actos y fundamentar todas nuestras actitudes.

Por esta razón lo esencial de la enseñanza de Francisco sobre la oración se halla contenido en la siguiente frase: “Aplíquense a lo que por encima de todo deben anhelar: tener el espíritu del Señor y su santa operación” (R 10, 8-9).

³⁵ Cf. Ef 1,3; es empleado por Francisco en múltiples ocasiones (Rnb 23,4; 23,10), en las Admoniciones (11; 14; 15-16; 28), CtaF 1,17; 2CtaF 11, 61,88 como en las bendiciones que con carácter específico dirige a fray León (BenL), a fray Bernardo (BenBer), a Clara y a las hermanas (BenCl), etc.

³⁶ Cf. Micó, “Adorar al Señor Dios. La oración de Francisco de Asís”, 209.

c) Igualdad y reciprocidad

Como decíamos, la relación de fraternidad es la que define e identifica a los hermanos con anterioridad a la misma Regla³⁷ y, por tanto, con anterioridad a cualquier otra relación que puedan tener entre sí, pues constituye su identidad más radical³⁸.

Esto explica que la segunda parte del capítulo 6 de la Regla esté toda dedicada al tema de la fraternidad, lo que le da a este una cierta relevancia sobre los demás, habiendo sido considerado por algunos como el capítulo más importante de todo el documento³⁹. Comienza el mismo diciendo: "Y dondequiera que estén y se encuentren los hermanos, muéstrense familiares mutuamente entre sí" (R 6,7)⁴⁰; como puede observarse, la fraternidad es entendida como "condición de vida" que va más allá de los lugares y los tiempos; el verbo "muéstrense", similar al de "manifiéstense", tiene un carácter epifánico, pues quiere expresar la "transparencia y espontaneidad" que debe reinar en unas relaciones que han de ser "familiares" aludiendo a la familia espiritual que forman los hermanos⁴¹, tejida por un tipo de relaciones interpersonales guiadas por el principio de igualdad y reciprocidad (es lo que pretende acentuar la unión redundante de los adverbios "mutuamente" y "entre sí")⁴².

Estas expresiones con las que san Francisco quiere destacar la *receptividad*, es decir, la relación de tú a tú entre los hermanos, solo pueden darse si entre ellos se vive en una relación *entre iguales*.

El principio de igualdad viene expresado de forma más clara en la Regla no bulada: "y nadie sea llamado prior, sino que todos sin excepciones sean llamados hermanos menores» (Rnb 6,3). Y más explícitamente en Rnb 5, 9-15: «Igualmente todos los hermanos no tengan en cuanto a esto potestad o

³⁷ Cf. KAJETAN ESSER, *La Orden franciscana. Orígenes e ideales* (Oñati: Imp. De Aldecoa, 1976).

³⁸ De ahí que el término hermano preceda y acompañe siempre al oficio que algunos hermanos desempeñan en la comunidad "Los hermanos que son ministros y siervos" (R10, 1-2; cfr. 1R4, 1; R8, 1; Rnb 5; 1,2-7; 7,3; 18,1; 22,26; R8, 5). Este término (*frater-fratres*) es además el más empleado en sus escritos para dirigirse a los miembros de su Fraternidad, aparece 306 veces en contraste con las 15 veces que aparece el término *religiosus*, cfr. URIBE, *La fraternidad en la forma de vida propuesta por Francisco de Asís*, 239.

³⁹ Cf. FERNANDO URIBE ESCOBAR, *La Regla de san Francisco. Letra y espíritu* (Murcia: Espigas, 2007), 206.

⁴⁰ Tiene su texto paralelo en Rnb 7,15.

⁴¹ Cf. Ef 2,19-22.

⁴² Cf. URIBE ESCOBAR, *La Regla de san Francisco*, 207-8.

dominio, máxime entre ellos [...] Y todo el que quisiere hacerse mayor entre ellos, sea su ministro (cfr. Mt 20,26b) y siervo; Y el que es mayor entre ellos hágase como el menor (cfr. Lc 22,26)”.

Esto significa que el cuidado pastoral que se haga de los hermanos que muchas veces lleva implícita la corrección fraterna o la ayuda espiritual, no crea como consecuencia ninguna jerarquía en la Fraternidad ni ninguna supuesta superioridad de los “perfectos” sobre los “imperfectos”, sino que es, ante todo, un servicio, un ministerio que en versículos siguientes (Rnb 5,13-14) es enriquecido con el concepto de la obediencia mutua: “Y ningún hermano hable mal o haga mal al otro. Sino más bien, por la caridad del espíritu, voluntariamente se sirvan y obedezcan unos a otros (cfr. Gál 5,13)”.

La obediencia mutua entraña en sí la igualdad de todos los hermanos, por lo cual ninguno tiene derecho a juzgar a nadie; una igualdad que, como hemos dicho, no se rompe por las exigencias que impone la convivencia mutua entre los hombres sino que se basa en las convicciones que emergen de la fe. La obediencia, además, como se desprende de RB 2,11 (“Y acabado el año de la probación, sean recibidos a la obediencia”) expresa un ámbito de relación (o forma de vida) en el que los hermanos se comprometen desde su profesión a observar los mandatos del Señor; perseverar y mantener estos lazos de relación, produce la bendición del Señor y crea la verdadera igualdad entre los hermanos (Rnb 5,17)⁴³.

Este grado de relación profunda entre los hermanos se enfatiza aún más en RB 6,8 al utilizar el verbo “manifestar”, correlativo del anterior “mostrar” junto con el adverbio “confiadamente”: “Y confiadamente manifieste el uno al otro su necesidad porque, si la madre cuida y ama a su hijo carnal, ¿cuánto más amorosamente debe cada uno amar y cuidar a su hermano carnal?” (RB 6,8; cfr. RCl 8, 15).

El verbo “manifestar confiadamente” se refiere al estado psicológico en el trato fraterno, quiere decir abrir el corazón al propio hermano sin temor a ser despreciado o traicionado, pues es la “caridad del espíritu” lo que ha de unirles (Rnb 5,13-14; cfr. Rnb 7,15) y la que debe impulsarles a servirse y obedecerse mutuamente entre sí, pues esa es la verdadera obediencia de Jesucristo⁴⁴ y esta disposición exige, naturalmente, la “reciprocidad”, lo cual significa que dentro de la *Fraternitas* las relaciones con los otros hermanos

⁴³ Cf. URIBE ESCOBAR, “La fraternidad en la forma de vida propuesta por Francisco de Asís”, 243-4.

⁴⁴ R 6, 9: “Y si alguno de ellos cayere en enfermedad, los otros hermanos le deben servir como querrían ellos ser servidos” (cfr. Mt 7, 12), véase su paralelo en Clara: RCl 8, 14, 16;

no son relaciones secundarias o funcionales sino primarias. Las relaciones primarias se basan en la comunicación interpersonal, es decir, tienen en cuenta todas las dimensiones de la persona del hermano; lo valoran por lo que es y no por lo que hace o por lo que sabe, o por lo que tiene. Por eso en ellas no cuentan los cargos, ni el aspecto externo, ni los títulos académicos, ni otros factores de esta clase, sino la persona misma con sus características⁴⁵.

Es una tarea que supone salir de sí y entrar en el otro, es la “oblatividad” que implica un doble movimiento: el donarse a los hermanos y el recibir a los hermanos, lo cual requiere que entre ellos exista una gran confianza, de tal manera que puedan manifestarse mutuamente sus necesidades (cfr. Rnb 9,10-11; cfr. RB 6, 7-8) en el que cada uno es madre, hijo y hermano de los demás (2CtaF).

Y este amor fraterno es tanto más puro en tanto en cuanto el hermano no esté en situación de devolverlo, como ocurre con los enfermos, de ahí que san Francisco añada este aspecto en las dos Reglas añadiendo en ambas la coletilla “como querrían ellos ser servidos”(Rnb 10,1; RB 6, 9) que asegura la reciprocidad.

d) La humildad-minoridad

Incluye este último cap. 11 de la primera Regla: “ni litiguen entre sí, ni con otros, sino procuren responder humildemente diciendo: somos siervos inútiles (Lc 17,10)” (Rnb 11, 3).

Trataremos en este apartado de la humildad-minoridad de cara al interior de la fraternidad.

La virtud de la humildad como aspecto de la vida fraterna unida a la figura de Jesús como siervo es la raíz teológica de la minoridad, como actitud interior que invita a pensar en una comunidad cuyo prototipo es el cenáculo eucarístico: “Todos universalmente sean llamados frailes menores. Y lávense los pies el uno al otro” (Rnb 6, 3-4).

Esta actitud de humildad enraizada en Jesús se concreta entre los hermanos en servirse y obedecerse mutuamente, ya que tal fue la actitud de obediencia del Señor Jesús en medio de sus discípulos (Rnb 5,14-15); estando dispuestos a prestarse los servicios más humildes («Y ninguno sea llamado prior, sino que todos universalmente sean llamados frailes menores” (Jn 13,14; Rnb 6,3).

Rnb 5, 14-15: “voluntariamente se sirvan y obedezcan unos a otros (cf. Gál 5, 13). Y esta es la verdadera y santa obediencia de nuestro Señor Jesucristo” (cfr. SalVir 3,14-18; Adm 3,6).

⁴⁵ Cf. URIBE ESCOBAR, *Núcleos del carisma de san Francisco de Asís*, 399.

Esta minoridad, como actitud interior, viene confirmada en la *Admonición 4*, en la cual vuelven a aparecer los dos fragmentos evangélicos Mt 20,28 y Jn 13,14: «No vine a ser servido, sino a servir, dice el Señor. Aquellos que han sido constituidos sobre otros, gloriense de esa prelación tanto, cuanto si hubiesen sido destinados al oficio de lavar los pies a los hermanos. Y cuanto más se turban por quitárseles la prelación que por quitárseles el oficio de los pies, tanto más se acumulan bolsas para peligro del alma (cfr. Jn 12,6)» (Adm 4).

Es el comportamiento de quien quiere imitar a Cristo humilde renunciando al propio *yo*, después de haber renunciado a lo *suyo*, minoridad que es requerida a los frailes menores según su Regla, expresada y sintetizada en la Admonición 12: «Así puede conocer el siervo de Dios si tiene el espíritu del Señor: si, cuando el Señor obrara por medio de él algún bien, su carne no por ello se exaltara, porque siempre es contraria a todo bien, sino, más bien se tuviera ante sus ojos por más vil y se estimara por menor que todos los otros hombres» (Adm 12).

Este texto evangélico está citado literalmente en el Cap. 5 de la *Regla no Bulada*, que trata de las relaciones entre los frailes, en particular, de la relación entre aquellos que nosotros impropriamente llamamos «superiores» y los «súbditos».

Llama la atención que el término “siervo” no lo emplea san Francisco para referirse a las relaciones internas en la Orden; los hermanos, según hemos dicho, son invitados a servirse y a obedecerse mutuamente (Rnb 5,14-15); pero se les llama *hermanos*: «Todos vosotros sois hermanos» (Rnb 22,33; Mt 23,8)⁴⁶; de hecho, san Francisco, cuando se dirige familiarmente a un hermano, se presenta como hermano, no como siervo (CtaL 1-2).

Hay, sin embargo, *una excepción*: en el interior de la fraternidad, hay algunos a quienes «les ha sido confiado el cuidado de las almas de los hermanos» (Rnb 4, 6). Estos hermanos son llamados siempre «ministros y siervos»⁴⁷, así lo quiere san Francisco cuando dice en la Regla: «que puedan los hermanos hablar y comportarse con los ministros como los señores con sus siervos; pues así debe ser, que los ministros sean siervos de todos los hermanos» (R 10, 5-6).

San Francisco, desarrolla así la concepción evangélica de la autoridad que quiere vivir literalmente tal como se desprende de las afirmaciones de Cristo:

⁴⁶ Este nombre “hermano” lo eligió explícitamente en función del Evangelio, para honrar la paternidad de Dios que nos hace a todos hermanos (Rnb 22, 33-34; cfr. Mt 23, 8).

⁴⁷ Nótese cómo Francisco en vez de «maestro», escoge «ministro» que, en general, sirve al mayor, al maestro.

«El que entre vosotros quiera ser el mayor, sea vuestro siervo» (Mt 20, 26; Rnb 5, 11); «El mayor entre vosotros será como el menor» (Lc 22, 26; Rnb 5, 12). Por esta razón, cuando san Francisco escribe como ministro general a la Orden, a los Custodios o a un ministro, se presenta como “siervo”⁴⁸.

e) La alegría

Otro elemento distintivo de la fraternidad franciscana es la alegría. Una de las exhortaciones más directas en este sentido se encuentra en la *Regla no bulada*: “Y guárdense de manifestarse tristes externamente y sombríos hipócritas; sino que se manifiesten gozosos en el Señor (cfr. Flp 4,4), y bien humorados y convenientemente agradables” (Rnb 7, 16; cfr. 2 Cel 128).

Sin duda, están expresadas aquí las dos grandes influencias que desde un punto de vista histórico marcaron el carácter y la impronta de Francisco⁴⁹: de un lado, la cultura caballeresca francesa promovida en Italia por trovadores y juglares que, unida a sus dones naturales de trato muy humano, hábil y en extremo afable (1Cel2), inducirá en san Francisco el deseo de convertirse, a imitación de los trovadores y juglares “itinerantes” de su tiempo, en un verdadero *juglar del Señor* que hará de la poesía, el canto, la melodía, la representación teatral y, en definitiva, la alegría, su medio de acercarse al corazón de la gente y de predicarles de esta manera, —más inteligible para ellos⁵⁰—, el amor de Dios.

De otro lado, también influyen en san Francisco los movimientos culturales espirituales provenientes de la Francia del Norte o Galia Belga a través de Jacobo de Vitry aprobados en la forma concreta de las Beguinas en 1216.

En estos movimientos podemos encontrar aspectos como la experiencia mística de la alegría cristiana que se expresa en el amor oblativo, tierno y

⁴⁸ “Y yo el hermano Francisco, vuestro pequeñuelo y siervo» (Test 41), «el hermano Francisco, hombre vil y caduco, vuestro pequeñuelo siervo» (CtaO 3), «el hermano Francisco, vuestro siervo y pequeñuelo en el Señor Dios» (1CtaCus 1), «el hermano Francisco, el menor de los siervos de Dios» (2CtaCus 1), «y me amas a mí, siervo suyo y tuyo» (CtaM 9), «el hermano Francisco, vuestro siervo en el Señor Dios, pequeñuelo y despreciable» (CtaA 1), “a cuantos habitan en el mundo entero, el hermano Francisco, su siervo y súbdito» (2CtaF 1), «Puesto que soy siervo de todos, a todos estoy obligado a servir y a suministrar» (2CtaF 2), «Yo, el hermano Francisco, vuestro menor siervo» (2CtaF 87).

⁴⁹ Cf. OPTATO VAN ASSELDONK, “Francisco y sus seguidores, testigos de la alegría de Cristo”, *Selecciones de franciscanismo* 34 (1983): 24-26.

⁵⁰ Cf. FRANCO CARDINI, “L’avventura di un cavaliere di Cristo”, *Studi Francescani* 73 (1976):196.

cordial, en la oración afectiva o en la experiencia mística trinitaria-cristocéntrica-mariana que san Francisco concreta y personaliza en el tono profundo y llameante, de contenido místico trinitario que puede verse en todas sus oraciones, en la *primera Carta a los Fieles*, en la *Carta a toda la Orden* y en la *Regla no bulada* (cap. 21 a 23); otro término con el que expresa esta experiencia íntima es la *dulzura* que menciona en el *Testamento* al describir su experiencia de conversión (Test 3; cfr. 1Cel 17), pero que también parece ser la experiencia común de toda la fraternidad como consecuencia de su conversión radical sirviendo a los leprosos (cfr. TC 34; TC 59-60; Rnb 14, 1; R 6, 1-2); la “dulzura” también es empleada por Celano al describir el estado interior de san Francisco que, en medio de terribles dolores, busca consuelo en la música de una cítara (2Cel 127); también se expresa en el *gozo* que produce el servicio y la caridad a los pobres (Rnb 9,2; LP 89), en la alegría espiritual asociada a la cruz del Señor (Rnb 10, 7-12; cfr. R 16-17, 22; OfP); en la cordialidad a través del término “benignamente” que expresa la caridad fraterna que debe reinar entre los hermanos (cfr. Adm 22,2; 1CtaF 2, 19; 2CtaF 44, 88; R 10,5; Rnb 2,1; 3; R 6,7-8) y finalmente, la alegría es, además, remedio contra toda tentación (2Cel 118; cfr. 2Cel 128; LP 120; TC 59; cfr. AP 39).

Conclusión

La vida de fraternidad, cuyo presupuesto teológico es la fe fundante en la paternidad de Dios, que es Padre, Creador, Providente y Salvador, es un fiel reflejo de cómo san Francisco contempla y experimenta en su vida la encarnación del Hijo de Dios y cómo la quiere llevar a la práctica en la vida de los frailes menores.

En consecuencia, si la encarnación del Hijo nos hace hijos en el Hijo, a su vez, la vida de fraternidad es la forma de expresar nuestra filiación divina en el mundo. Y, por lo tanto, puede decirse que forma parte del compromiso que adquirimos como hijos de Dios en el bautismo.

San Francisco de Asís, que quiere vivir su *seguimiento* en su expresión más radical, sabe muy bien que en la comunidad de Jesús, es todo el grupo transido por la filiación quien simboliza la proclamación del Reino.

La vida en fraternidad es, pues, consecuencia directa de la filiación y además, su expresión más radical. Ella es la que contiene y hace presente el reino y por este motivo, es la que, a su vez, identifica a los hermanos, con anterioridad a cualquier otra relación estos que hubieran tenido.

Y como quiera que la fraternidad a la que se siente llamado san Francisco y que inculca a sus hermanos debe ser copia de la estructura comunitaria de

Jesús, entiende la misma como una realidad interpersonal cuyo prototipo es el cenáculo eucarístico, lo cual se deja ver tanto en los nombres escogidos por san Francisco para designar a los que ejercen la autoridad de cara al interior de la fraternidad (ministros y siervos) como en la serie de rasgos que la caracterizan (la escucha de la Palabra, la oración, la igualdad y reciprocidad, la humildad- minoridad, la alegría) y que tienen su razón de ser en el contexto de las relaciones trinitarias.

Estas características que fundamentan teológicamente la fraternidad franciscana como forma de vida configuran un específico modo de ser (estilo de vida franciscano) que se inscribe dentro de la dimensión kenótica propia de quien sigue la vida de Cristo siervo.

Referencias bibliográficas

Asseldonk Optato Van, “Francisco y sus seguidores, testigos de la alegría de Cristo”, *Selecciones de franciscanismo* 34 (1983): 24-26.

Ávila I Sierra Marti, *Los ojos del espíritu. Comentario a las “Admoniciones” de Francisco de Asís* (Oñati: Ediciones franciscanas Arantzazu, 2001), 19-20.

Desbonnets Thomas et al., *Francois d’ Assise. Écrits* (París: K. Esser, 1981), 65.

Franco Cardini, “L’aventura di un cavalliere di Cristo”, *Studi Francescani* 73 (1976): 196.

Federación Santa Clara de Asís de las Clarisas de Umbría-Cerdeña, *El Evangelio como forma de vida. A la escucha de Clara en su Regla* (Murcia: Espigas. 2016), 136, 370.

Guerra José Antonio, ed, *Francisco de Asís. Escritos, Biografías, Documentos de la época* (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2003^o, 169, nota 3.

Kajetan Esser, *La Orden franciscana. Orígenes e ideales* (Oñati: Imp. De Aldecoa, 1976).

Martínez Fresneda Francisco, *Biografía teológica. Madre Paula Gil Cano* (Murcia: Espigas, 2013), 42, 45, 48.

Martínez Fresneda Francisco, *Jesús de Nazaret* (Espigas: Murcia, 2005), 400.

Micó Julio, “Adorar al Señor Dios. La oración de Francisco de Asís”, *Selecciones de Franciscanismo* 56 (1990): 208.

Paolazzi Carlo, *Francisco de Asís. Escritos* (Roma: Ediciones Collegii S. Bonaventurae ad Claras Aquas, 2014), 257, nota 17.

Uribe Escobar Fernando, “La fraternidad en la forma de vida propuesta por Francisco de Asís”, *Selecciones de Franciscanismo* 95 (2003): 238-9.

Uribe Escobar Fernando, *La Regla de san Francisco. Letra y espíritu* (Murcia: Espigas, 2007), 206.

Uribe Escobar Fernando, *Núcleos del carisma de san Francisco de Asís. La identidad franciscana* (Oñati: Efarantzazu, 2017), 299.

RESEÑAS

Armstrong, Karen, *Sacred Nature: How we can recover our bond with the natural world* (LLOT) 407-408; **Boero Vargas, Mario**, *Personalidad y conciencia. Wittgenstein* (AMM) 409-410; **Cencini, Amadeo**, *¿Ha cambiado algo en la Iglesia después de los escándalos sexuales? Análisis y propuestas para la formación* (MAEA) 415-416; **Cernuzio, Salvatore**, *Cae el velo del silencio* (MAEA) 417-418; **Crimella, Matteo**, *Padre nuestro. La oración de Jesús en los Evangelios* (FMF) 394-395; **Drees, Willem B.**, *What Are the Humanities For?* (LLOT) 411-412; **Fernández, Samuel**, *El descubrimiento de Jesús. Los primeros debates cristológicos y su relevancia para nosotros* (FMF) 398-399; **Fernández, Samuel**, *Jesús. Los orígenes históricos del cristianismo desde el año 28 al 48 d.C.* (FMF) 396-397; **Fisichella, Rino**, *Yo llevo tu nombre en mí. La teología de Juan Pablo II* (MAEA) 419-420; **González, Justo L.**, *The Bible in the early Church* (RSV) 389-390; **Hoping, Helmut**, *Jesús de Galilea: Mesías e Hijo de Dios* (FMF) 400-401; **Lefebvre, Philippe**, *Cómo matar a Jesús. Violencia, abusos y mecanismos de control y dominio en la Biblia* (FMF) 393; **Modern, John Lardas**, *Neuromatic: A Particular History of Religion and the Brain* (LLOT) 421-423; **Montes Peral, Luis Ángel**, *Cristo ha resucitado. La Resurrección en el final de la Pasión de Marcos* (FMF) 402-403; **Molina Gómez, José Antonio**, *El imperio huno de Atila*, Síntesis (JMB) 413-414; **Neumann, Johannes**, *Der historische Jesus. Die Biographie, die Botschaft, die Überlieferung* (RSV) 404-405; **Oviedo Torró, Lluís**, *La credibilidad de la propuesta cristiana* (BPA) 406; **Pascual García, José Ramón**, *Hermandad global. Fratelli tutti, un nuevo orden mundial desde la compasión samaritana* (RSV) 424; **Ravasi, Gianfranco**, *El gran libro de la Creación. Biblia y ecología* (RSV) 391-392; **Strappazon, Valentin**, *Saint Antoine de Padoue et l'Enfance spirituelle* (RSV) 425-426.



FUNDACIÓN CAJAMURCIA



INSTITUTO TEOLÓGICO DE MURCIA OFM
Servicio de Publicaciones



FECYT-443/2021
Fecha de certificación: 30 de julio de 2021 (1ª convocatoria)
Válido hasta: 30 de julio de 2022